

TEMARIO

Por HERMINIO PORTELL VILA

El Embajador Agramonte

TODOS los críticos del gobierno del doctor Grau San Martín, aun los que le niegan acierto alguno, lo que también es una injusticia, estaban acordes en que el nombramiento del doctor Roberto Agramonte Pichardo como embajador de Cuba en México era una excepción venturosa en la larga serie de mal aconsejadas y equivocadas designaciones hechas desde octubre de 1944 en la representación diplomática y consular cubana.

En efecto, Roberto Agramonte, graduado de tres facultades de la Universidad de La Habana, profesor de sociología, filosofía y psicología, autor de notables tratados sobre estas materias, director del Departamento de Intercambio Universitario, director-fundador de la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana, ex decano de la Facultad de Filosofía y Letras y ex vicerrector y rector sustituto de la Universidad, llevaba a nuestra diplomacia un prestigio cierto y positivo, no debido al favor político, al compadrazgo, a servicios inconfesables y a otras cosillas de ese jaez. En cuanto a su selección para el importante puesto de embajador en México tenía el mérito adicional, compartido con otro eminente compañero suyo de Facultad quien también representó dignamente a Cuba en México, el doctor Salvador Massip, de haber sido profesor visitante de la Universidad Nacional Autónoma de México y de contar con las más prestigiosas relaciones políticas, culturales y de todo orden, en la vecina república.

Hombre que es la discreción personificada y que, sin servir a los dictadores que hemos tenido, tampoco apeló a estridencias para oponerse a sus desmanes, de él no era posible esperar una actitud destemplada ni una gestión que no fuese correcta, bien inspirada y al servicio de los intereses de su patria, cuya libertad su padre ayudó a conquistar, como hombre de confianza de Martí y como compañero de los Maceo y de Crombet en la expedición de la goleta "Honor".

¿Por qué renunció a un cargo que así prestigiaba el doctor Agramonte? Son múltiples las versiones que corren acerca de las situaciones que le llevaron a retirarse, ninguna de ellas relacionada, como él mismo ha cuidado de destacar en sus declaraciones a la prensa, con la altitud de Ciudad México o los problemas del clima. Una versión es la de que el doctor

Agramonte es primo del senador Chibás y que tuvo que seguir la suerte de otros funcionarios y empleados públicos con alguna conexión con los ortodoxos. Otra lo relaciona con la visita que el ex general Manuel Benítez, enemigo del gobierno del doctor Grau San Martín, hubo de hacer al presidente Alemán, de México, hace pocas semanas, y que habría sido equivalente a una visita que el licenciado Ezequiel Padilla, cuando parecía estar en plano insurreccional contra el presidente Alemán, hace diez meses, hubiese hecho al presidente Grau San Martín. Sin duda que al gobierno mexicano no le habría gustado esa visita, aunque Padilla conoce al presidente Grau San Martín por haber representado a México en su toma de posesión, en 1944; pero lo que a los mexicanos no les gusta que les hagan, a veces lo hacen a otros. De todos modos, el que el general Benítez visitase al presidente Alemán no es de la responsabilidad del doctor Agramonte y, todo lo más, si la cancillería cubana le hubiese instruido al efecto, pudo haber llevado a una simple representación sobre el asunto. No faltan quienes atribuyen la renuncia a que el embajador Agramonte no tuvo el necesario respaldo para conseguir un tratado de pesca que proteja a los intereses cubanos en aguas de México; hay quienes aluden a sus puntos de vista en cuanto a la Conferencia de Río de Janeiro, señalada para el mes próximo, como origen de diferencias con nuestra cancillería, y otros señalan que en el

intercambio de condecoraciones con México, hace pocas semanas, el embajador Agramonte no fué incluido en la lista de las personalidades condecoradas, cosa que, por otra parte, a lo mejor hace ahora México, al retirarse nuestro patriota.

De todos modos, Cuba es la que pierde al cesar el doctor Agramonte en el cargo de embajador en México y la mediocridad, la improvisación, el arribismo y la necesidad del favor oficial, que han sido distintivos de la vida pública cubana durante los últimos veinte años, se anotan un triunfo doloroso al lograr que se retire del servicio diplomático a un hombre de su capacidad y de sus méritos. Para los que quedan de su talla en nuestra representación exterior, y para la juventud con aspiraciones, la retirada del doctor Agramonte es un síntoma desconsolador, aunque, por otra parte, hay que abonarle a nuestro distinguido compatriota y colega el mérito insigne de que, aunque renunció el 17 de julio, los cubanos supimos la noticia por él y no porqué el embajador Ceniceros, a la salida de una visita al Palacio Presidencial, la anunciase, como se hizo en el caso del ex embajador Kohly: ¡Oh, manes de Carlos de Zaldo, Manuel Sanguily y Rafael Montoro, y tiempos de Torriente, García Vélez y otros: un embajador cubano en México pudo por sí mismo anunciar que dejaba su puesto!

M. Jul 25/44

2610000

MONIO
ENTAL

INSTITUTO DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA